

PROTESTA DEL AUTOR

Conforme á los decretos de Urbano VIII, debo declarar, como declaro, que en la relación de los hechos maravillosos del Excmo. Sr. Claret, y de las gracias extraordinarias que recibió de Dios, no es mi ánimo prevenir el criterio de la Iglesia, ni pretender que se les dé otra fe que la humana. Las palabras *Venerable*, *Santo*, que á veces se aplican al P. Claret en esta obra, no se han de entender en el sentido estrictamente canónico, sino en aquel con que se dicen comunmente de los hombres que se distinguen por sus virtudes extraordinarias.



APÉNDICE PRIMERO

Cartas de los nueve Coros de los Ángeles, escritas por el Sievo de Dios P. Claret, cuando estudiaba Teología.

EL CORO DE LOS ÁNGELES

Al alma que por la siempre adorable misericordia del Señor tiene la dicha de adorar al Sagrado Corazón de Jesús estando en nuestro Coro.

Ya sabes, alma querida, que nosotros somos el último de los Coros de las jerarquías celestiales, y como á tales nos confirió el Señor el cuidado de las cosas mínimas, por lo que, cumpliendo en esto su divina voluntad, le damos muchísimo gusto; ya echarás de ver qué te queremos persuadir con esto, á saber: el que sepas, á imitación nuestra, darle gusto en las cosas pequeñas ó mínimas. Para esto es preciso, ante todas las cosas, que, á imitación de Santa Catalina de Sena, adoctrinada del Supremo Artífice, te labres allá dentro de tu corazón una celdita ó cuarto de retiro, el fundamento de la cual será el conocimiento de tu nada; las paredes, la presencia de Dios por la fe; el techo, que te habrá de guarecer de las aguas de las contradicciones, será la esperanza, y la puerta de este aposento ó templo, será el olvido de las cosas del mundo; mas este olvido será prudente, pues que no pretendemos darte á entender que enteramente te olvides de ellas, porque en este caso, en lugar de imitarnos, sería lo contrario, como te lo enseña San Francisco de Sales con estas palabras: "Con diligencia cuidan y procuran nuestro bien los ángeles, pero sin soli-

cidad, afán ó fatiga „; y este olvido será del afán y fatiga de las cosas del mundo, pero no del cuidado prudente de dichas cosas, porque son un bien muy grande y aun necesarias para ti, supuesta la divina Providencia.

Construido así este templo, en medio pondrás el altar, y éste será tu corazón; en medio de dicho altar encenderás un fuego, el cual siempre arderá soplado de los fuelles de los buenos deseos; este fuego será la caridad, y el santo á quien ofrecerás víctimas será el Sagrado Corazón de Jesús.

Construido así todo esto, te retirarás en espíritu á este templo sin mover el cuerpo de tus ocupaciones y obligaciones, por lo que sin faltar á ellas podrás estar continuamente ofreciendo sacrificios.

Tal vez irás discurrendo qué víctimas ofrecerás. Á lo que te decimos que, así como en el Antiguo Testamento las había de dos clases, la una de cosas animadas y la otra de inanimadas, del mismo modo en ti hallarás, si consideras estas dos clases, una que corresponde á la clase de cosas animadas, y son aquellas obras cuyo objeto es bueno; la otra que corresponde á la clase de las inanimadas, y son aquellas cuyo objeto es indiferente. Bien echarás de ver que no te hablamos de aquellas cuyo objeto es malo, porque sería indecoroso hacer con ellas ofrendas al Señor, pues, como dice la Escritura: *Dona inicuorum non probat Altissimus*, y éstas son de impíos, en cuanto á los actos positivos.

De la primera clase, ó que tienen el objeto bueno, son el recibir los santos Sacramentos, el oír Misa, el rezo divino, etcétera, etc.; por lo que cuando hagas dichas cosas te has de retirar en este templo ya explicado, tomando, en primer lugar, con las manos esto que vas á ofrecer, fijando inmediatamente los ojos de tu alma en aquel Sagrado Corazón, cuya vista no podrá menos de encender en ti las más vivas llamas de caridad, haciendo al mismo tiempo soplar los fuelles de los santos deseos de agradarle y darle gusto en todo, diciendo en el decurso de la obra: “Señor, hago esto por contentaros y daros gusto.”

Haciendo todas tus obras buenas así, por pequeñas que en sí sean, te acarrearás dos cosas grandes; la una será evadir aquella sentencia tan terrible que dice: *Maldito sea el hombre que hace con negligencia la obra de Dios*; y la otra que te

granjearás aquella dulce expresión del Señor: *Ven, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en cosas pequeñas, yo te constituiré dueño en las mayores; entra en el gozo de tu Señor.*

La segunda clase de sacrificios, que corresponde á los de cosas inanimadas, serán de aquellas obras cuyo objeto es indiferente, y si quieres saber dónde se crían, atiéndenos, que te lo explicaremos. Mira: ¿no ves ese tu cuerpo? Repara qué campo tan fértil se te presenta de víctimas para estos sacrificios, como lo verás en la práctica.

1.º Quien en primer lugar se te presenta es la vista, la que, como sabes, es curiosa para ver lo que pasa por allá y acullá; tú entonces tomarás estas miradas curiosas y las pondrás sobre el altar; querémoste decir la mortificación de esas miradas, y las ofrecerás al divino Corazón; y como serán muy frecuentes y proporcionadas, muy á menudo tendrás víctimas que ofrecer, y aunque en sí sean de cosas pequeñas, serán de grande mérito por razón del fin, á más de que te serán de muy grande adelanto para la virtud; y es que, como la vista es la puerta por la cual más se llena de ideas vanas nuestro entendimiento, es claro que, cerrada ésta, quedará más vacío y, por lo tanto, más á propósito para pensar en Dios y en las cosas de virtud.

2.º El segundo que te ofrece qué sacrificar es el oído. Bien habrás experimentado que tienes como una innata propensión á saber novedades; de suerte que aún no piensas que hay alguna novedad, ya estás impaciente hasta que te la han dicho. En este caso, pues, cuando esté en tu mano el saberlo ó no saberlo, harás este sacrificio al Sagrado Corazón, y á más de serle muy agradable, te será á ti de mucho provecho.

3.º El que más abundantes víctimas te suministra que sacrificar es la lengua, por lo que no dejarás perder estas ocasiones de mortificación; mira que te va mucho en esto; de lo que Santiago dice: *Si quis in verbo non offendit hic perfectus est vir*; y Orígenes dice “que el que llega á librarse de los pecados de la lengua, se puede decir de él que es verdaderamente perfecto, y se puede presumir que fácilmente dirigirá y gobernará sus afectos; por lo que *silencio...*, *silencio...*, *silencio...*.” No poca proporción te ofrece también para lo mismo el comer y beber, etc., y así haz lo que puedas, pero sea con mucha prudencia.

4.º El olfato es tal vez el que menos proporción te presente, porque no tiene el objeto tan indiferente como los pasados, ¿pues qué cosa más indecente para un alma cristiana que ir tras los olores? Pero como hasta aquí hablamos de los actos negativos, esto es, de abstenerte de aquellos actos que decentemente y sin pecado podrías hacer, con mucha más razón te has de abstenerte de los menos decentes y de los que sin pecado no se pueden hacer; y así estas abstinencias son también más hermosas víctimas para el Sagrado Corazón de Jesús.

5.º Uno de los más fértiles para esto es el sentido del tacto, porque bien sabes que tu cuerpo, naturalmente, huye toda molestia y sujeción, buscando todo regalo y anchura, poniéndose á su antojo; mas tú en este caso considérate que estás en la presencia de Dios y tendrás delante de tal señor la mejor compostura que puedas, ya estés solo, ya en compañía de otros, porque siempre es uno el mismo Señor, y ofrécele la repugnancia que en esto sientas. Sufre también con la mayor paciencia sin quejarte de nada, como del frío, sabañones y el no poderte calentar en el invierno; el dolor de cabeza, de muelas y trastorno del cuerpo en la primavera; el calor en el estío; la molestia de los insectillos, mosquitos, etc., etc.

Había uno que cuando las pulgas, mosquitos, etc., etc., le picaban, se hacía esta reflexión: "Estos animalejos pican así á los mortales por un solo pecado que cometió nuestro primer padre; ahora, pues, si por un solo pecado de uno pican á todos, con mucha más razón todos te deberían picar á ti, pues que tantos pecados has tú solo cometido; por lo que debes sufrir con la mayor conformidad esta mortificación, en espíritu de penitencia „; y los dejaba picar.

Hasta aquí hémoste hablado de lo exterior del hombre, no porque en ello consista su perfección, sino porque como esto es más visible y palpable, conozcas cómo te has de portar en lo interior con menos dificultad; y así, lo que te hemos dicho de los sentidos del cuerpo, lo aplicarás también á las pasiones ó afecciones del apetito sensitivo, como son amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira y otros; como también á la voluntad, entendimiento é imaginación.

Item, hasta aquí te hemos hablado de estas mortificacioncitas porque tienes la dicha de ser cristiano, y como dice San Pablo, que los que son de Cristo crucificaron su propia carne

con sus vicios y concupiscencias, y San Agustín dice que crucificar su carne es resistir con fuerza y vigor á la concupiscencia, combatiéndola sin cesar y negándole todo lo que puede contribuir á despertarla, lo cual se consigue con una mortificación continua de la voluntad, del espíritu y de los sentidos, de aquí es que te hemos hablado de estas mortificaciones ó actos negativos. Mas en cuanto á los actos positivos, te decimos que todo lo que hagas hazlo siempre por amor de aquel divino Corazón que tan digno es de ser obsequiado. Y así tus buenas obras, por pequeñas que en sí sean, serán muy grandes, y las indiferentes serán muy buenas.—*Vale.*—*¡ Viva Jesús!*

EL CORO DE LOS ARCÁNGELES

Al alma que por la admirable misericordia del Señor tiene el honor de obsequiar al Sagrado Corazón de Jesús estando en nuestro Coro.

Ya que la bondad de Dios se ha dignado distinguirte tanto colocándote en nuestro Coro, no dudamos que procurarás serle agradecida honrándole como merece, imitando en esto á nosotros, que incesantemente le estamos sirviendo; y si en esto nos quieres imitar, como debes, te decimos que los primeros obsequios que le prestamos desde nuestra creación son de celo de su mayor gloria; de ahí es que el Príncipe San Miguel, con todos los demás de nosotros, con tanto tesón combatió contra Luzbel y sus secuaces; así lo harás tú también, alma feliz; desde el punto de tu llamamiento procurarás la mayor gloria de Dios con tus palabras, obras y buen ejemplo, advirtiéndote que este es el negocio más importante, y pórtate de manera que puedas decir con David: *Zelus Domus tuae comedit me.* "El celo de tu Casa, ¡oh Dios mío!, me consume.", ¡Oh, si tuvieses una centellita de este celo, cuántas lágrimas de sangre derramarías al ver profanados de los hombres los templos, en que por amor de ellos mismos se digna habitar; su divino y adorable nombre, blasfemado á cada paso, en lugar de ser invocado y alabado; su santa ley, más dulce que la miel y el panal, yugo y carga ligerísima, despreciada y hollada á cada momento! ¡Ay, alma querida! ¿Qué harás cuando veas todo esto, si por dicha tuya te sientes devorar del celo

de la Casa del Señor? Escucha á San Agustín, que te lo dice: *Zelo Domus Domini comeditur, qui omnia mala, quae videt satagit emendare si potest, si non potest tolerat ac gemit.* Por lo que cuidarás con tus palabras, y principalmente con tu buen ejemplo, enmendar todo lo malo que veas si puedes, y si no puedes, preséntate llorando á aquel Señor que tiene poder de hacer de las piedras hijos de Abraham.

Lo segundo que en nosotros observarás es el dar alivio y consuelo á los afligidos, según lo echarás de ver si lees el libro de Tobías; por lo que cuidarás tú también de hacerlo, y en esto agradarás muy mucho á Dios; pues te lo aceptará como si se lo hicieras á Él mismo, como ya te lo dice en su santo Evangelio: que estando desnudo me cubriste; teniendo sed me diste de beber, y teniendo hambre me diste de comer, te dice en persona del pobre como si fuera en persona propia.

Lo tercero que habrás en nosotros observado, es el obsequiar á la Santísima Virgen; como que uno de nosotros tuvo la dicha de traerle aquella feliz embajada de parte de Dios, tan digna de celebrarse por todos los ángeles y hombres; y tuvo el honor de decirle en la misma embajada las dulces palabras del *Ave Maria*, etc.; por tanto, te encargamos con todas veras que seas obsequiosa de esta tan grande Señora, que con razón es la criatura más privilegiada después de la Humanidad de Cristo, constituida por Reina y Señora de los ángeles y hombres; no temas acercarte á Ella, pues es muy compasiva á pesar de ser tan gran Señora, y sabrá muy bien hacerse cargo de tu miseria; ni te arredren las muchas culpas y pecados que contra Dios y contra Ella has cometido, porque es Madre de tanta misericordia, que si te ve con un corazón contrito y humillado, te prometemos que no te despreciará y se interpondrá con su Hijo Santísimo á fin de que te las perdone todas y quedes más blanca que la nieve.

¡Oh, si acertares á recurrir á Ella en todas tus necesidades, cuán favorablemente serían despachadas tus súplicas! Porque ¿qué cosa hay que puedas tú imaginar, que no pueda Ella con sus ruegos alcanzarte? Créenos, por caridad; recurre á Ella, y verás cómo alcanzarás una verdadera contrición de todos tus pecados, gracia para no volver á caer en ellos y permanecer siempre en la gracia del Señor; aprenderás en Ella el arte de amar á Dios y de sacar provecho de todas las cosas

que haces, aun de las indiferentes, pues que tanto lo supo Ella hacer, viviendo entre los mortales, y sin hacer cosas extraordinarias supo llegar á una santidad tan extraordinaria, que á todos nos causó admiración en el día de su Asunción. Suplícale que se digne admitirte por su esclavo y enseñarte el modo de agradarle á Ella y al Corazón de su amantísimo Hijo; y entretanto, nosotros te decimos que le darás muy muchísimo gusto si le rezas con la atención y devoción que se merece la salutación *Ave Maria*, como también la *Salve*, y sobre todo imitándola en sus virtudes de humildad, pureza, caridad, etc.; y si lo haces así, te prometemos que saldrás con tu pretensión. —Vale.

EL CORO DE LOS PRINCIPADOS

Al alma que por la adorable misericordia del Señor tiene la dicha de obsequiar al Sagrado Corazón de Jesús, estando en medio de nuestro Coro.

No desprecies, alma querida, las dulces voces de aquel Señor que todo es amor para con sus criaturas, principalmente en esta hora en que se ha dignado llamarte para sublimarte á nuestro Coro; bien echarás de ver cuán grande haya sido esta gracia, pues que siendo la más ruin eres llamada no menos que á nuestro Coro de los Principados; y has de saber que este Coro es llamado de los Principados, porque somos como unos Principes ó Generales en las cosas que se han de hacer; esto te lo decimos para que entiendas con qué obsequios has de corresponder á tu llamamiento. Estos obsequios serán de Caridad, por ser ella como Princesa ó Reina de todas las virtudes, en cuanto que á todas las anima y gobierna; y así, esmérate en hacer obras de caridad, que las harás de Principado según tu vocación.

Ante todas cosas, has de saber que esta virtud tiene dos respectos, el uno á Dios y el otro al prójimo; por lo que mirarás que tu corazón tenga también dos respectos, el uno á Dios, que será como de hijo para con su padre, y el otro al prójimo, y será como de madre para con sus hijos.

En cuanto al primer respecto, que es para con Dios el medio óptimo para alcanzar la caridad, es el conocimiento del

mismo Dios, de suerte que cuanto más le conozcas, tanto más le amarás, como lo dice el Doctor Angélico: *Deus autem quanto perfectius agnoscitur, tanto perfectius amatur*. Este conocimiento lo adquirirás por la contemplación de la Naturaleza. *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum*. Item, por la meditación de lo que te enseña la Doctrina cristiana, y este es un poderosísimo medio, en tanto que David, enamorado de Dios, dijo: *Lex tua tota die meditatio mea est*: como si dijera, la meditación continua de vuestra santa ley hace que os ame. Item, acercándote á Dios por la frecuencia de los sacramentos de Penitencia y Comunión; de ahí es que David dijo: *Accedite ad eum et illuminamini*, por lo que participarás del *lumen gloriae*: participando del *lumen gloriae* ya eres bienaventurado, y siendo bienaventurado es imposible que no ames á Dios, pues que los bienaventurados necesariamente le aman.

Ahora, pues, si con un corazón de hijo, como te hemos dicho, te pones á considerar los favores y beneficios que te ha hecho Dios tu Padre, y que aún intenta favorecerte más, pues que no intenta menos que constituirte heredero de la gloria del cielo, que con tantos trabajos ha adquirido, verdaderamente que no podrás menos de quedar arrobado de amor divino, y de aquí nacerá un deseo grande de complacerle y darle gusto en todo; y como Él manda que ames á tu prójimo, de aquí nace el otro respecto de caridad.

Son tantos los motivos que te impelen á amar á tu prójimo, que, aunque Dios expresamente no te lo mandara, lo deberías hacer; porque al considerar que todos son obras de sus manos, que son redimidos con la sangre del mismo Dios humanado, destinados para reinar con Él en la gloria, y, por último, que tanto los amó el Señor que hizo de todos ellos un solo cuerpo cuya cabeza es Él mismo, no se puede concluir otra cosa sino que debes amarle. Y si no, dinos por caridad: cuando amas á una persona, ¿no es cierto que ese amor que le tienes se extiende á lo que hace ó ha hecho, á lo que á ella pertenece, á lo que ella ha adquirido á fuerza de trabajos, y que, á medida que crece el amor de aquélla á la cosa que ama, crece también el tuyo hacia la tal cosa? Ahora, pues, ¿cómo será posible que teniendo amor de Dios no lo tengas de tu prójimo, viendo que es obra de sus manos, hecha con tanto empeño y á su imagen

que pertenece á Él, puesto que con tanto trabajo lo redimió, viendo al mismo tiempo que tanto lo amó que no reparó en dar la vida por su rescate, y, finalmente, viendo que sois miembros de un mismo Cuerpo místico? No dudamos que, viendo la conveniencia de este amor, te resolverás á ello, y, sobre todo, sabiendo que Dios te lo manda, y siendo dulces sus preceptos, por el amor que le tienes, sin duda que también se te hará dulce este amor del prójimo á que tanto te exhortamos. Tal vez te admirarás de que con tanto empeño te digamos esto, y á la verdad que no es sin fundamento, porque, como dice San Juan, “si no amas al prójimo, tampoco amas á Dios,”; y para que este amor no sea sólo de palabra, sino de obra, cuida mucho que, después de Dios, lo primero que atiendas en el ejercicio de la caridad sea el bien espiritual tuyo; lo segundo, el bien espiritual del prójimo; lo tercero, el bien corporal tuyo; luego, el bien corporal del prójimo; después, los demás bienes exteriores tuyos, y, finalmente, los demás bienes del prójimo, guardándote, sobre todo, de trastornar este orden. Por tanto:

1.º Aconsejarás en lo que sepas y puedas á tu prójimo.

2.º Le socorrerás en cuanto puedas, porque, como dice San Juan, *si alguno tuviere de los bienes de este mundo, y viendo á su prójimo en necesidad no le socorre, ¿cómo está la caridad de Dios en él?*

3.º Sufrirás con paciencia las injurias y flaquezas ajenas, acordándote de lo que dice el Apóstol, que *la caridad es paciente... todo lo sufre... todo lo soporta*; y en otra parte dice: *Llevad cada uno la carga del otro, y así cumpliréis la ley de Cristo*. Mas acerca de esto quisiéramos que te portases cual debes, y no como aquellos que, aunque en lo interior sufren y perdonan, en lo exterior hacen mala cara.

4.º Procurarás perdonar para que seas perdonado; pues de lo contrario, tú mismo te tragarias la sentencia cuando dices al Señor: *perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*.

5.º Procurarás cuanto te sea posible edificar ó dar buen ejemplo con palabras y obras á tu prójimo.

Además de estos actos ó grados positivos para la caridad hay algunos otros negativos, y son:

1.º No juzgar á nadie.

- 2.º No decir mal de nadie.
- 3.º No tocar en la hacienda, ni en la honra, ni en cosa de nadie.
- 4.º No escandalizar con palabras injuriosas, ni descortesías, ni desentonadas, á nadie, y mucho menos con malos ejemplos y consejos.

Y por remate de todos los preceptos afirmativos y negativos, te decimos otra vez que ames á tu prójimo con un corazón de madre, pues que bien sabes lo que hace, sufre y padece una madre verdadera por su hijo; esto te lo exhortamos tan encarecidamente, porque, si aciertas con ello, cumplido has la ley. — *Vale.*

EL CORO DE LAS POTESTADES

Al alma que por la siempre adorable bondad del Señor tiene el honor de rendir alabanzas al Sagrado Corazón de Jesús estando en nuestro Coro.

Ya que por un efecto de la suma misericordia de Dios, alma queridísima, te hallas sublimada á tanta honra, quisiéramos que te ocupases en lo que debes, esto es, que alabases al Sagrado Corazón de Jesús haciendo oficios de Potestad según el Coro á que eres llamada; y por esto te decimos que nosotros somos llamados Potestades, porque ordenamos lo que han de hacer aquellos que nos son inferiores, y también refrenamos los demonios. Tal vez dirás allá dentro de ti misma: ¿Cómo podré yo hacer oficios de Potestades siendo preciso para esto tener inferiores á quien mandar y yo soy inferior á todos? ánimo, y no desmayes; por esto mismo, de ser y creerte inferior á todos y la más vil, has de empezar, según aquello de San Agustín: *Vis esse magnus? A minimo incipe.* ¿No sabes que, como dice el mismo Santo, á cuanta mayor altura ha de subir el edificio, tanta mayor profundidad han de tener los cimientos? Siendo, pues, tan elevado el puesto, es preciso tener cimiento profundísimo. Ya, sin duda, echarás de ver lo que te pretendemos persuadir con esto, á saber, una profunda humildad; y no te podemos persuadir menos para que puedas cumplir debidamente con los oficios de Potestad á que eres llamada, pues bien sabes que sin la gracia nada puedes hacer

de bueno, ni un solo pensamiento, según el Apóstol, y que con ella todo lo puedes, según él mismo dice; y como Dios resiste á los soberbios, y á los humildes les da su gracia, se sigue necesariamente que debes humillarte muchísimo para cumplir bien con tu deber. Haciéndolo así todo lo podrás, hasta llegar á comprimir y refrenar á los mismos demonios, como nosotros; y la razón de ello es muy clara, porque como en ellos está el cúmulo de la soberbia y de ella les viene todo el mal que padecen y padecerán, de aquí es que nada hay que tanto se les imponga, los oprima y abata como la verdadera humildad.

Vista la necesidad de esta virtud, procurarás adquirirla por cuantos medios te sean posibles, y principalmente por los siguientes:

1. Procurarás tener íntimo conocimiento de ti misma, y en esto consiste el fundamento de la verdadera humildad, por lo que procurarás considerarte cual eres, y te hallarás llena de pecados. Y aunque por la misericordia de Dios los hayas ya confesado, sin embargo, *de propitiato peccato noli esse sine metu.* Item, te hallarás llena de faltas, y muchas tienes que tú no ves ni reparas, y con todo tuyas son. Item, te hallarás de mil errores llena y cercada de muchas perplejidades, cargada con el peso de las cadenas de tu mortalidad, pronta para todo lo malo y muy pesada para lo bueno.

2. Respecto de los otros también te humillarás muchísimo, porque ¿cómo tendrás valor para engreírte comparándote con los demás, cuando hallas innumerables varones esclarecidísimos en virtud, letras, etc., etc., que tanto se humillaron? Si fuere el caso que vieses algunos que no practican las virtudes que tú por la gracia de Dios practicas, no por eso te debes tener por mejor que ellos, porque tal vez esto que en ti *foris ostenditur, intus a mercede vacuetur*, y en ellos el no hacer sea grande virtud de humildad, obediencia, etc., etc. De ahí es que el Grande Felipe Neri, á pesar de su interminable oración é incesantes trabajos para la gloria de Dios y salud de las almas, decía: *¡Cuántos rústicos habrá mayores que yo en la gloria celestial!* Item, ni en el caso que vieses á tus prójimos cometer grandes pecados deberías tenerte por eso por mejor que ellos, porque si tú no has cometido cosa semejante, es porque te ha favorecido la gracia; así lo hacía el Patriarca Felipe Neri al ver ú oír que alguno había pecado: *Yo aún ha-*